

Tensión en Medio Oriente

Petróleo y poder nuclear: el desafío iraní

La actitud hostil del presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad y su decisión de retomar el programa atómico de su país renovó los temores de Occidente

Los cables podrían decir más o menos lo siguiente: "Líder islámico enloquecido amenaza con desarrollar la bomba nuclear". La historia la conocemos: "Inspectores de la ONU incapaces de llevar a cabo su trabajo. Europeos y estadounidenses trabajan juntos para desactivar la crisis. El país díscolo reanuda la actividad nuclear. Solicitan intervención del Consejo de Seguridad. Líder islámico enloquecido mantiene su desafío. Occidente no puede consentir esta amenaza. Agotaremos las posibilidades de la vía diplomática. Punto". ¿Y si falla la diplomacia, entonces qué? Dado que no hace tanto tiempo, un guión similar condujo a una guerra de consecuencias desastrosas en Irak, es preferible esta vez intentar explicar a tiempo lo que subyace detrás de la actual crisis con Irán.

La llegada de Mahmoud Ahmadinejad a la presidencia de Irán en junio del año pasado supuso mucho más que la derrota -a manos de sectores conservadores- del sueño reformista del período anterior, durante la presidencia de Mohammed Khatami. Ahmadinejad marcó, más bien, un cambio sociológico en el país, con llegada al poder de un grupo neoconservador de revolucionarios de segunda generación, caracterizado por un populismo y anticosmopolitismo extremo, por su fidelidad ideológica a los principios de la revolución de 1979 y por un desencanto furioso con la opulencia y corrupción de la elite clerical chiita que controla el país desde entonces.

El Irán de Ahmadinejad es el que, en la década de los ochenta, vivió y sufrió en carne propia la guerra Irán-Irak y es el que recuerda cómo las potencias de la Guerra Fría la alimentaron. A este ingeniero experto en gestión del tráfico, que llegó sin hacer ruido a la alcaldía de Teherán en 2003, lo rodean funcionarios locales, en su mayoría, de origen rural, que utilizan las mezquitas y a los "maddahs" (cantantes religiosos) como mecanismos de movilización popular. Cuentan, además, con el apoyo de organizaciones piadosas, así como de la milicia popular revolucionaria conocida como "Basij", de la que el propio Ahmadinejad forma parte junto con varios millones de iraníes.

Con su llegada al poder, se evaporó el espejismo creado por la historia que los enviados especiales repetían una y otra vez, y que todos queríamos creer: que los jóvenes iraníes habían puesto contra las cuerdas al régimen de los ayatollah, a base de libertad, maquillaje y nuevas tecnologías. La profecía no se ha cumplido. No ha habido revolución desde adentro.

El fin de la primavera

Irán es un país contradictorio, con un régimen autoritario, con elecciones (relativamente) competitivas, férreamente controladas y (relativamente) manipuladas por las manos que mecen el régimen. Los jóvenes son el factor clave: dos tercios de la población tienen menos de 35 años y se vota desde los 15. El 31 por ciento de los jóvenes de entre 15 y 29

años está en paro. Este es el secreto que hizo posible el triunfo de un reaccionario desconocido de 49 años, hijo de un herrero pobre: muchos jóvenes en paro votaron por Ahmadinejad. La larga mano del "establishment" chiita hizo el resto, al apoyarlo. Así terminó la "primavera de Teherán" (1997-2004) protagonizada por jóvenes urbanos que hoy tienen entre 25 y 30 años y que han hecho de la lengua persa una de las más utilizadas en internet. El nuevo grupo de neoconservadores, en cambio, fue aupado al poder por jóvenes de entre 15 y 25 años, conservadores aunque también digitalizados, más preocupados por el paro y la crisis económica que por la rebeldía política.

Ahmadinejad no es un "líder islámico enloquecido". Es un político astuto que ha seducido a muchos iraníes con una imagen austera y un populismo económico bajo el lema de "devolver el dinero del petróleo a la mesa de los iraníes". Una de sus primeras medidas como presidente fue aprobar ayudas de 1000 millones de dólares para matrimonios jóvenes. No es un loco: es un fanático que con sus diatribas nacionalistas, antioccidentales y antisionistas conecta con lo que, en privado, piensan muchos iraníes y muchos musulmanes en general. Su debilidad no está por tanto en la falta de apoyo popular. Tampoco lo está en las amenazas diplomáticas, económicas o militares de Estados Unidos y la Unión Europea. Su punto flaco es la debilidad interna de los neoconservadores dentro de los complejísimos vericuetos del poder en Teherán.

Con el movimiento reformista derrotado y retirado a sus cuarteles de invierno, el verdadero enemigo de Ahmadinejad está en la mafia de clérigos y capitalistas que controla el poder y los ingresos petrolíferos de Irán. Algunas de sus medidas económicas - como entregar acciones de las industrias nacionales a los pobres - y sus bravuconadas dialécticas generan mucha inquietud en el complejo religioso-empresarial del país. La Bolsa de Teherán se hundió tras las famosas declaraciones del presidente contra Israel. Y en los últimos cuatro meses, ciudadanos iraníes han abierto cientos de empresas en Dubai, destino de moda para el capital iraní en estos nuevos tiempos de inestabilidad política extrema.

La preocupación reina también en parte del alto clero chiita. La viuda y el nieto del ayatollah Khomeini han escrito recientemente una carta al Líder Supremo, Ali Khamenei, en la que le expresaban su malestar por el apoyo de éste a Ahmadinejad y su grupo de jóvenes neoconservadores, unos advenedizos, a los ojos de la aristocracia clerical iraní.

Ahmadinejad es muy consciente de que, estando él sentado sobre las enormes reservas de petróleo de su país, poco pueden hacer los diplomáticos y militares occidentales. Pero si el joven presidente tensa demasiado la cuerda y la situación pone en peligro los intereses del régimen, entonces quizás los mismos que lo utilizaron para poner fin al período reformista decidan apartarlo de la cabina de mando, segando la hierba bajo sus pies como hicieron con su antecesor.

La crisis nuclear con Irán va a durar meses, y es mejor que así sea. ¿Qué pueden hacer las potencias occidentales cuando el cuarto productor de petróleo del mundo enarbola su derecho a hacer algo que el derecho internacional le permite hacer? Poco. La posición de Estados Unidos y de los países europeos es clara: la prioridad es evitar que un país que consideran impredecible logre desarrollar la bomba nuclear. Más allá del ruido de sables, el problema es que donde Occidente ve bombas, Irán ve electricidad.

Ahmadinejad ha prometido transformar el país en un "Japón islámico". Desde los tiempos del Sha, el nacionalismo iraní tiene un fuerte componente de orgullo tecnológico y un programa nuclear pacífico propio es percibido en el país como parte de su identidad

nacional. Con la cuestión nuclear, Ahmadinejad ha encontrado un elemento de movilización popular muy eficaz, que le permite reafirmar la vocación de Irán como líder regional y azote de la hipocresía de Occidente. Desde el punto de vista militar, el contraste entre el ataque de Estados Unidos a un Irak militarmente débil y su actitud contemporizadora ante una Corea del Norte que tiene armas nucleares hace de la bomba atómica la mejor defensa para un país como Irán, rodeado de tres países con armas nucleares -India, Pakistán e Israel- y enemigo de Estados Unidos.

La bomba petrolífera

En cualquier caso, si bien razones políticas y militares juegan un papel en la crisis, la posición iraní responde a un elemental problema de oportunidad económica. Irán es un exportador de petróleo y de gas natural que, paradójicamente, debe importar gasolina y otros productos derivados de los hidrocarburos para satisfacer su demanda doméstica. Por otro lado, sus crecientes necesidades de consumo interno lo empujan a quemar cada vez más en casa un petróleo que podría vender a precios más favorables en el mercado internacional. La construcción de centrales nucleares aliviaría enormemente esta presión energética. Y sobre todo, liberaría unos recursos económicos preciosos que el gobierno necesita desesperadamente para hacer frente a su principal problema: la grave crisis económica que afecta al país. Por eso, Irán ha dejado muy claro que no va a ceder.

El problema de la ONU, Estados Unidos y la Unión Europea lo resumió perfectamente el propio Ahmadinejad: "Saben que nos necesitan más de lo que los necesitamos a ellos". Así es. Irán es el cuarto productor de petróleo del mundo, el segundo mayor exportador de la OPEP después de Arabia Saudí y posee las segundas reservas mundiales de gas natural. Cuenta, por tanto, con un arma mucho más poderosa que la bomba atómica: la "bomba petrolífera". En un mundo que produce petróleo a plena capacidad, ningún país productor podría ya abrir el grifo un poco más si Irán decidiera cortar su producción. Si lo hiciera, los precios del barril alcanzarían niveles escalofriantes, con consecuencias impredecibles en los hogares occidentales.

¿Qué podemos hacer? La UE ya ha intentado doblegar a los iraníes con dinero y apoyo económico, y no ha funcionado. "¡Sanciones!", dicen otros, olvidando el probable rechazo de Rusia y China, y olvidando que Estados Unidos aplica sanciones a este país desde hace 25 años, sin resultados destacables. La tercera posibilidad, el embargo económico, podría conducir a un escenario económico de pesadilla si Irán responde con la "bomba petrolífera". "¡Ataques aéreos!", gritan algunos. Pero la vía militar reforzaría la posición del régimen, generaría víctimas civiles y un gran descontento entre la población chiita de Irak y, además, difícilmente cumpliría el objetivo: parte de las instalaciones nucleares iraníes son subterráneas.

Irán tiene todas las de ganar. Y ninguna solución de compromiso podrá reducir la incertidumbre que planea sobre la cuestión. Una alternativa es asumir la racionalidad de un régimen más pragmático de lo que se piensa y ofrecerle un papel significativo en el nuevo Oriente Próximo, a cambio de su moderación. Mientras no haya confianza para ello, la clave es que el hombre fuerte del régimen, Ali Khamenei, sienta la máxima presión internacional, asuma las riendas y ponga fin a la arriesgada aventura de Ahmadinejad.

Teherán no es el final. Lo que esta crisis pone de relieve es la incapacidad de los países occidentales de torcer el brazo de aquellos países ricos en hidrocarburos que utilizan la "diplomacia" energética al servicio de sus intereses económicos e ideológicos. El reciente

chantaje ruso a Ucrania con el gas natural, las fanfarronadas del presidente venezolano, Hugo Chávez, y la actitud inflexible de Ahmadinejad indican el precio de la dependencia exterior que genera nuestro modelo energético. En el futuro, el consumo de energía será mayor, así como más grave la dependencia respecto de países como Arabia Saudí, Irán y Venezuela. Mientras tanto, habrá que seguir dialogando.

Por Borja Bergareche

Link corto: <http://www.lanacion.com.ar/775930>